

Betty Beltman

HCR
056
R454-rc

LA GACETA COSTARRICENSE

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año X

Domingo 23 de Junio de 1940

No. 427



Dos aspectos del acto celebrado en el Teatro Nacional, al fundarse en Costa Rica la Filial de la Asociación Interamericana de la Prensa, cuya Sede está en Montevideo. Parte superior: señores Representantes del Cuerpo Diplomático. Parte inferior: Miembros de la prensa Nacional que asistieron al acto.

Debiéramos de comer alimentos protectivos

Hace algunos meses un dietético prominente, Sir Edyard Mellanby, dió unas conferencias y habló por medio del radio bajo los auspicios de la Canadian Medical Association. Durante los últimos años se ha estado haciendo una campaña activa a favor de la buena condición física, por medio de la diseminación de conocimientos entre el público de los mejores alimentos que conservan la salud y el vigor. El doctor Mellanby recalcó principalmente el aumento de la producción y el consumo de productos de leche y hortalizas.

"El instinto indica a usted lo que debe hacer para proveerse de alimentos que dan energía: pan, azúcar y cereales, y lo impulsa a comer cuando tiene hambre. Por instinto la persona gorda sabe que ha comido demasiado. Pero de nada sirve el instinto en la selección de alimentos protectivos. En realidad algunas veces dirige mal. No hay justificación para personas que sobre una base fisiológica (porque los necesitan) fundan sus excusas para apiparse de dulces".

Qué quiere hacer comprender el doctor Mellanby con el término "alimentos protectivos?" Los que han sido nombrados tantas veces por el doctor E. V. Mc Collum, de

la Universidad de Johns Hopkins, por ser los que requiere la conservación de la salud del cuerpo y son los siguientes: leche, queso, mantequilla, frutas, huevos, pescado, hígado, riñones y la carne de res. Papas, que son baratas, se cuentan entre los alimentos que a más de dar energía contienen minerales y vitaminas.

El doctor Mellanby encomendó con instancia la alimentación propia de los niños en los primeros años de su vida. Dijo que con demasiada frecuencia los niños ingleses llegaban a la edad de ir a la escuela con dientes picados, tonsilas inficionadas, anemia y tuberculosis.

No olviden que tanto los niños como los adultos necesitan alimentos feculosos: pan, azúcar, papas, cereales, etc., que son los que les dan energía para trabajar y jugar. Con este fin se deben comer en porciones suficientes todos los días. Sugiere ese eminente dietético que se coman más frutas y verduras y más leche, mantequilla, carne y huevos, para protegerse contra las enfermedades, especialmente anemia, tuberculosis y otras enfermedades que causan la atenuación y el desgaste. Con alimentos protectivos se conserva la fuerza del cuerpo y aumenta la resistencia a las enfermedades.

No olvide conseguir nuevos suscritores para
LA REVISTA COSTARRICENSE

Betina de Holst Hijos

Acaba de recibir flecos y borlas plateados y dorados, panas para mantos en gran variedad de colores. Brocado para casullas, flores para altares de Iglesia, encajes para albas, galones dorados, plateados y de seda. Encajes de lino, lino para manteles de Iglesia, batista de lino.

ESTA RECIBIENDO NOVEDADES DEL EXTERIOR.

der ser testigos en un mundo que *no* le reconoce.

Dos consecuencias aparecen bien claras. La primera:—"Todos los cristianos, *aun los seglares*, fortalecidos por el Espíritu Santo, debemos participar en el ejercicio del *Apostolado*".

La segunda: Puesto que a los *Obispos*, sucesores de los Apóstoles, por derecho divino corresponde realmente tal *Apostolado*, nuestro deber de católicos nos obliga a poner *nuestras personas y nuestros actos, a las órdenes de la jerarquía eclesiástica*, para ponerlos al *servicio directo de la Iglesia*.

Eso y no otra cosa es la *Acción Católica*

Por eso el Sacramento de la *Confirmación* es llamado el *Sacramento de la Acción Católica*; de los que tratamos de imprimir a nuestras personas y a nuestras obras el *sello auténtico de la Iglesia*. Para conseguirlo, nos mantenemos en constante unión con nuestros *párrocos y asesores* y, por su intermedio, con nuestro *Obispo*; y por éste, con el Obispo de los Obispos, el *Soberano Pontífice*, quien recibe a su vez de *N. S. Jesucristo* el impulso de apostolado que circula por toda la Iglesia.

Socios y socias de la Acción Católica somos los *soldados oficiales de los Obispos de todo el mundo*.

Entendemos bien la *repercusión social* de nuestra dignidad?

Por los malos católicos sufrió desprestigio la Iglesia y se alejaron de Ella muchas almas...

Por los católicos que *conozcan y vivan y propaguen su auténtica doctrina* ha de rehabilitarse ante los que la desconocen y ha

de ganar nuevos adeptos. Enorme alcance social!

Obediencia entonces, *disciplina y sacrificio*. El poder de un ejército estriba en su capacidad de realizar ordenada, pronta y decididamente las órdenes de sus jefes. Y sobre todo: *humildad*. Es decir, olvido del *propio* punto de vista y comprensión de la *misión de los demás*, dentro y fuera de nuestras filas.

Por pertenecer a la Acción Católica, *no nos creamos mejores...* En los ejércitos de este mundo, sin las brigadas de abastecimiento ¿qué sería de las avanzadas por valientes que fueran? Y sin los pontoneros, sin los cuerpos de comunicaciones, ¿adelantarían ordenadamente las demoleadoras piezas de artillería?

Igualmente, todas, *todas las obras* que alientan una chispa de *Apostolado* son "las *preciosas auxiliares* de la Acción Católica", como dijo *S. S. Pío XI*. Sin ellas nuestra obra sería *incompleta*, tal vez quedaría aislada; no lo olvidemos... Y en sus filas militan, a no dudarlo, *almas ejemplares* en su sacrificio y en su amor de Dios.

Esta ha de ser la *consecuencia social* que hemos de deducir al meditar sobre el "Sacramento de la Acción Católica": un acercamiento, una *leal colaboración*, un mutuo entendimiento con todos los que, por haber recibido el *Espíritu Santo*, quieren que el mundo llegue a arder en esa divina llama.

Busquemos, en nuestra Parroquia y en nuestra Diócesis, *cómo ponerlo en práctica*.

Marta Ezcurra.

("Anhelos" de Buenos Aires).



Armonía doméstica

Por Blanca Rosa

La armonía doméstica es algo tan frágil como importante para que la existencia se deslice plácida y llevadera. Pero debe regir espontáneamente, ser natural y no

fruto de la cortesía, de las buenas costumbres, de los modales pulcrísimos.

Una concordancia de pensamiento y propósitos fingida termina por convertir

tanto al hombre como a la mujer en una verdadera pila de nervios, cuya descarga está siempre amenazando. A veces el miedo al estallido, por ignorarse las proporciones que asumirá, pone un freno, pero salvado este coto ya los conceptos siguen su propia trayectoria y gravitación.

La armonía que se exhibe para los visitantes y familiares es de las más corrientes. Las amistades y los parientes salen de ese hogar tranquilo como una balsa de aceite, llevando la más óptima impresión. Pero la mayoría de las veces, en el justo momento en que se comenta la felicidad envidiable de la pareja, la casa en que ésta mora se parece a un campo de Agramante donde atruena la pirotecnia de las mutuas inculpaciones, a los reproches y otras lindezas verbales.

Por eso me mantengo firme en mi juicio de que cuando la armonía doméstica no reina porque el espíritu conciliador anida en los esposos, es casi imposible elaborarla a base de sacrificios y de resignación.

A la mujer es suficiente herirla en un capricho arraigado en su mente para provocar la reacción que destruye la armonía; al hombre basta controlarle un minuto de su tiempo y un peso de su billetera o bien trabarse sus diversiones por los mil y un procedimientos femeninos que para ello existen y suelen poner en práctica con suma habilidad las esposas.

Sin embargo, lo mismo el hombre que la mujer pueden ser dichosos sin necesidad de espiarse, de vigilarse, haciendo de cada palabra o acto un vivero de celos, de sospechas a cual más tonta.

La armonía doméstica sólo es posible mantenerla cuando la cordura madura las palabras y las acciones. Cuando menos importancia se conceda al amor propio, más feliz se puede ser, a pesar de que existen quienes opinan con ligereza que ceder en el amor propio supone un menoscabo, subordinación.

Dos personas que recíprocamente no se

tengan la suficiente confianza deben por fuerza recurrir a una armonía aparente. Pero en un matrimonio que se cela, o en el que simplemente pretende mantener incólume su individualidad tanto la mujer como el hombre, que por ello no se avienen a transigir aún en cosas insignificantes, es obligado a armarse de una armonía ficticia, de un "camouflage" para ocultar la realidad mientras las relaciones transcurren por cauces normales.

No obstante, el fantasma de la posible controversia seguirá a la pareja como una sombra fatídica, comenzarán a medirse las palabras, a inventarse subterfugios, deformando la verdad en un esfuerzo que crispa los nervios con tal de que el edificio vacilante de la armonía doméstica no se resquebraje o precise del apuntalamiento de unos consejos, que en ocasiones surten beneficio y en otras ahondan la cuestión magnificándola, sacándola de su posición.

Pensando cada uno algo menos en sí mismo y algo más en los otros se consiguen resultados sorprendentes. Reflexionando la mujer que el esposo necesita una distracción que compense las horas de labor y el marido a su vez que su compañera también tiene perfecto derecho a buscar un aliciente en su existencia monótona hogareña, que justifica sus salidas, sus visitas, etc., se goza de la armonía doméstica insensiblemente, sin hacer violencia a los sentimientos, ya que la unión basada en el amor puro, profundo, exige comunidad de sentires. Cuando esta condición no se ha llenado, difícil resulta entonces encontrar armonía y paz en el hogar.

Quienes discuten constantemente de la comida, la temperatura o las diversiones están a un paso de la armonía, pero con rara tozudez se encastillan en sus puntos de vista y prefieren la pelea franca antes que pensar cada uno en los derechos y razones que asisten al contrario. Reflexionando más habría menos discusiones, y a menos disputas, cabe esperar mayor armonía, mayor suma de dicha.

Voluntad consciente

Es muy común oír decir que, en nuestra época, son cada vez más escasas las personas de carácter. Es posible que ello se deba a la vida moderna en la que todo se facilita sorprendentemente. El placer y la diversión, al alcance de todos y en todo momento, contribuyen también a la relajación de la voluntad. Pero, sobre todas las causas, es sin duda, la principal la decadencia de la conciencia.

Dice el P. Gillet: "Más aún que la inteligencia, la conciencia sufre la influencia del temperamento individual y del medio social en que se desarrolla". Esta idea, tan claramente expuesta por el gran dominico, nos encierra en un ciclo en el que cabe toda la crisis moral que padecemos: el ambiente social sin moral ha influido sobre las conciencias hasta anularlas, lo que ha producido como consecuencia la bancarrota de la voluntad.

Este problema de la formación de la conciencia y del carácter presenta para nosotras, las madres, dos fases: la que llamaré personal y la que se relaciona con la educación de nuestros hijos.

Empecemos por nosotras mismas, ya que no es posible dar lo que no se tiene y hagamos un pequeño examen sobre el particular. ¿Estamos seguras de que nuestra conciencia responde a un sentido moral católico estricto de todos los problemas que nos atañen?

Aquí hemos de detenernos para aclarar ciertos puntos. El sentido moral tradicional ha sufrido tales embates por el liberalismo y el laicismo, que del derrumbe ha surgido la confusión de conciencia o su anulación. No es raro encontrar entre católicos prácticos fervientes, personas cuyos conceptos sobre tal o cual asunto son o liberales, o laicos, o aún paganos. Son éstos, resabios de una mala formación intelectual, influencia de lecturas y espectáculos, falta de un ideal capaz de hacer frente a opiniones, acontecimientos, caprichos, temperamentos o al medio ambiente. Puede decirse que como se-

res obligados a vivir en este siglo XX, todos estamos o hemos estado expuestos a caer en el error. Ahora bien, todo mal moral tiene su remedio, así como los siete vicios tienen sus siete virtudes. El remedio contra la confusión está en el orden. La confusión es falsedad y mentira; el orden es la verdad. Pero a la verdad es necesario buscarla y conocerla y llegamos a la conclusión de que sólo un estudio sólido y metódico de la moral católica puede salvar del error.

¿Hemos hecho todo cuanto está a nuestro alcance para adquirir esa ciencia moral, en la que ha de apoyarse nuestra conciencia? Es indudablemente que una sólida formación intelectual es utilísima para adquirir esa "voluntad consciente" que ha de guiar nuestros actos. Porque el saber aclara las ideas; y demasiado sabemos que toda idea "inclina al acto correspondiente y que en definitiva la conciencia moral tiene por fin la acción".

Estos tiempos tan calamitosos, en que el espíritu del mal se disfraza de modernismo para hacer caer en sus redes a los que, faltos de conciencia, sufren de laxismo, proporcionan en cambio magníficas compensaciones. Y entre muchas otras está la facilidad que tiene la mujer de sacudir la ignorancia en que vivió sumida y trocar la apatía de una vida monótona por la acción. La mujer de hoy tiene cómo llegar a la plenitud de la feminidad. Más aún, se nos llama para ello y el llamado parte de Roma, de nuestro Santo Padre. Pero no basta con que hayamos dicho ¡presente! al alistarnos en la Santa Milicia. Tenemos que llenar una misión... ¿Contamos con una conciencia moral absolutamente ortodoxa y está a su servicio una voluntad sin titubeos?

Antes de terminar, propondré un caso práctico.

Diariamente oímos decir a alguna madre: ¡Qué difícil es ahora la vida! ¡No se puede con los hijos!

Esta confesión de derrota produce escenas como la siguiente: La hija pide permiso para ir al Cinematógrafo a ver la vista X que está clasificada como escabrosa. La madre empieza diciendo que no. La hija insiste, discute, se apoya en el argumento tan conocido "a mí no me puede hacer mal...". Al fin, la madre cede, "Mi hija, piensa, no es como las demás..."

Pero no todas ceden. Las otras, las conscientes, aquellas que al mal lo llaman con su nombre y repugna el pecado, dicen

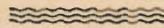
"no" y mantienen su no. Son las de conciencia formada y de voluntad firme, las que han adquirido la única libertad que vale, la que no deja al ser esclavizarse con el demonio.

¿A cuál de las dos categorías de madres pertenecemos?

Mila Forn de Oteiza Quirno.

(De "Anhelos")

(Boletín de la Asoc. de Mujeres de la Ac. Cat. de Buenos Aires).



De la felicidad

La felicidad ha de medirse por la menor cantidad de los males que se sufren.

El arte de ser feliz es el arte de simplificar más bien que de multiplicar las necesidades y los goces; de ocultar la felicidad más bien que de ponerla en evidencia.

La suerte mezcla siempre alguna gota de tristeza en el vaso de la felicidad.

La felicidad no consiste en las honras, ni en las riquezas, ni en los placeres. ¿De qué sirve todo esto sin la tranquilidad del espíritu y del corazón?

LA NUEVA FABRICA DE CAFE MOLIDO

"LA ECONOMICA"

DE CONSTANTINO CROCERI & COMPAÑIA,

SITUADA 50 VARAS AL OESTE DEL MERCADO,
CONTIGUO A LA CERVECERIA GAMBRINUS

Ofrece al público Café Molido de superior calidad y pureza.

Los hogares comprando su café en esta Nueva Fábrica, obtendrán:
economía, buena pesa y café absolutamente puro.

SERVICIO RAPIDO A DOMICILIO

— TELEFONO 5432

NOVELA

Entre sus dedos, tenía una rosa con la cual se puso a jugar distraídamente escuchando a su prima.

Donna Vittoria era una buena relatora de chismes sociales. Ella lo hacía de una manera muy lista, no retrocediendo ante los cuentos más escandalosos. Pero cada vez que ella había abordado esos temas en presencia de Orietta, lord Shesbury había cambiado en seguida el curso de la conversación. Tenía él una singular maestría para dominar a sus interlocutores, cualquiera que ellos fuesen y lo hacía con tal destreza que ellos no se daban cuenta de su intención. Esta vez donna Vittoria no pudo continuar su "entretenida historia" y se encontró, sin saber cómo, reducida al silencio, escuchando a Walter, que narraba episodios de su viaje a Oriente.

Ella entrecruzaba sobre las rodillas sus largas manos blancas, con anillos deslumbrantes, mirando a lord Shesbury, Orietta reconocía bien esa mirada familiar que en la bella condesa se descubría allí. Según el caso, denotaba una dulzura acariciadora, una seductora languidez, una especial pasión o la más fría dureza. Había también en ella un aire de misterio que contribuía no poco a la seducción de donna Vittoria. La voz viril en la que el timbre armonioso agregaba un nuevo encanto a la lengua italiana, hablaba de antiguos monumentos de la India, evocaba los faustos de los emperadores mongoles. Acordado sobre el sillón, lord Shesbury, siempre hablando, deshojaba la rosa cuyos pétalos uno a uno caían a sus pies.

Orietta seguía el gesto de los dedos finos con una especie de afiebrada atención. Todavía uno... todavía uno...

Pronto no quedaría nada de la bella flor roja.

—¿Walter, qué le hizo esta pobre rosa?
¡La ha macerado!

Abriendo esta vez completamente los párpados la condesa Farmente arrojó sobre su primo una mirada de acariciante reproche. El tuvo una ligera sonrisa irónica y respondió:

—Es una costumbre mía. Cuando yo tenga una flor entre las manos, usted lo sabe bien.

—Sí, sí... Una muy mala costumbre, pero que se le perdona a usted, naturalmente. ¡Ah! ¡No es ciertamente usted el que conserva esas pobres cosas en recuerdo, con el corazón insensible que tiene!

Ella hablaba con un tono placentero, bajo el cual se adivinaba una queja que no osaba expresar.

Sobre los labios de Walter la risa se cambió en una sonrisa enigmática. Con un gesto indiferente, arrojó lejos el tallo de la rosa, replicando con una entonación sardónica:

—¡Cómo me conoce bien, Vittoria!

Un vivo rubor subió a la faz de Orietta.

Un día, durante su noviazgo, Walter había abierto delante de ella una cartera que conservaba siempre sobre él y en la que guardaba con un retrato pequeño de ella, el lápiz, del cual él era autor, las amapolas púrpuras que ella le había dado junto al estanque de los cisnes.

—“No me separaré jamás de ellas”, había dicho él mirándola con aquella amorosa ternura que la hacía temblar.

Lord Shesbury había encendido un cigarrillo y mientras quedaba silencioso, escuchando a don Leo que evocaba los recuerdos de la antigua Roma, de los papas, de luchas entre los barones romanos, entre los cuales se encontraban sus ascendientes. No se sentía un soplo en el aire saturado de cálido perfume. Mariposas volaban alrededor de las lámparas veladas con ligeras gasas rosas. Donna Vittoria, casi dada vuelta en su sillón, agitaba en sus manos

un gran abanico de plumas negras. El satén color naranja tomaba un más vivo brillo bajo la luz que hacía fulgurar la estrella de rubíes, la larga sarta de perlas, los brazaletes cuajados de brillantes. Orietta, la cabeza un poco baja, en una actitud pensativa, posaba en el apoyo de su silla un brazo fino, admirable, en el que lucía un simple aro de oro, donde resplandecía un incomparable diamante. Ninguna joya se mezclaba al oro sombrío de su cabellera, peinada de bucles ligeros, que parecían tomar un tinte más cálido todavía, comparados a los cabellos de donna Vittoria.

Ella no escuchaba más a don Leo. Ella pensaba, el corazón apretado de punzante sufrimiento: "¿Qué ha hecho él de mis flores?... ¿Dónde están ahora? Sin duda él las ha arrojado deshojadas, a los pies... como esta rosa... como esta destrozada rosa..."

Con un gesto de alegría salvaje, ella seguía los movimientos de la fina bota que, displicentemente, pisoteaba los pétalos rojos.

Al levantar los ojos, vió los de Walter fijos sobre ella. El color se hizo más vivo sobre su cara. Ella volvió ligeramente la cabeza, tomando de sobre una silla próxima un abanico del que no había pensado servirse hasta entonces.

—¿Usted encontró nuestro país, un poco excesivo, en cuanto al calor, mi querida Orietta? — preguntó la condesa Farmente.

—No. No me incomoda, yo soy de raza meridional también.

—Pero el abanico es una hermosa cosa, en la mano de una mujer. Y siempre es muy útil—dijo la voz irónica de lord Shesbury.

—¡Ay! Usted ha dicho una mentira de nosotras! — exclamó alegremente donna Vittoria. — ¡No, yo le ruego, querido Walter, no altere usted esta bella tarde! ¡Sea bueno para las pobres mujeres, una vez en su vida!

—¡Las pobres mujeres? Usted me divierte. Ellas no sufren más que cuando lo quieren, sépalo.

—¡Oh! ¡Por ejemplo!... ¿Usted osaría

sostener que ellas sufren injustamente por la maldad del hombre?

Lord Shesbury hizo un ligero movimiento de espaldas enderezándose, para sacudir las cenizas de su cigarrillo.

—Sí, pero no exageremos nada. Yo quiero decir que existe en el mundo un cierto número de mujeres que pierden su existencia por sus propias faltas. Ellas no tienen a veces más que pronunciar una palabra para que termine su prueba.

—¡Una palabra!... Esto es bien poco — dijo riendo donna Vittoria.

Orietta entornó los ojos. Su corazón estaba a punto de desfallecer bajo la violencia de la emoción. ¡Una palabra!... ¿Qué palabra? ¡Ay! ¡Ella lo adivinaba! Esto que él quería, era un pedido de perdón.

¡El perdón de él a ella! ¡De él para ella, víctima de tanta secreta humillación, tanto misterioso desgarramiento! ¡Jamás, jamás eso! Debía ella sufrir más todavía; ella no cedería otra vez a la orgullosa exigencia de este hombre que le mostraba aquello que una esposa fiel, amante, delicada, podía esperar de él.

Es tarde, y nosotros partiremos por la mañana — dijo lord Shesbury. — Yo creo, Orietta, que es tiempo de decirles buenas noches a nuestros anfitriones.

Ella se levantó, pronunció algunas palabras, estrechó las manos tendidas, todo esto maquinalmente. Luego subió la escalera junto a Walter y, sobre el gran descanso del primer piso se dirigió a él tendiéndole la mano:

—Buenas noches, Walter. Tengo una jaqueca loca esta noche. Tendría necesidad de retirarme.

—Usted ha debido hacerlo en seguida. Mis primos no son gente ceremoniosa...

Ella tenía los ojos bajos para no encontrar los de él que los buscaba. Ella lo sentía bien.

—Buenas noches, Orietta.

El se inclinó, puso un beso sobre los dedos ardientes, afiebrados, un beso más prolongado que de costumbre, y cuyo especial

calor hizo correr un largo estremecimiento por las venas de Orietta.

Ella reitó su mano, casi bruscamente, y se volvió para dirigirse a su departamento. Cuando quedó sola se arrojó en un sillón con sollozos contenidos, y murmuró: "Oh, esto... esto es peor que todo".

XLVII

Lord y lady Shesbury, después de recorrer Inglaterra, se detuvieron en Deauville, donde se encontraban en ese momento los Sanzoff y muchos miembros de la aristocracia francesa e inglesa conocidos de Walter.

Allí estuvieron rodeados de fiestas; allí Orietta conoció de nuevo los triunfos a los que trataba de acercarse para buscar el olvido. Durante este período veía muy poco a Walter. El la dejaba en casa de los Sanzoff y se iba por su parte a pasar los días en el golf, en el polo, o a bordo de su yate. Y a la noche se arreglaba de manera que no debía encontrarse con su mujer.

—¡La pobre niña!... ¡Era de prever! — decía el conde Sanzoff. ¡Pero tan pronto... tan pronto no! Una joven como ella. Es loco y criminal este Shesbury.

Esa era la opinión de todos, pues el enojo de estos jóvenes esposos no podía pasar inadvertido. Se elogiaba la digna actitud, la fuerte calma, de Orietta, que provocaba las más vivas admiraciones pronto a manifestarse a la joven.

En tanto, dos días después de la llegada de Shesbury, el barón Palmier, joven financiero parisiense, osó escribir un billete en el que exteriorizaba todo el calor de su sentimiento.

Esa misiva no llegó jamás a Orietta. Pero esa tarde, Palmier recibió la visita de lord Shesbury que le preguntó sin preámbulo:

—¿Sabéis boxear, señor?

—Pero... no, milord — respondió el otro estupefacto y asustado.

—Entonces defiéndase como pueda, pues me he propuesto desfigurarle la cara por unos días.

Un cuarto de hora más tarde, lord Shesbury reaparecía en el casino, sin que ni un pliegue pareciera desarreglado en su traje ni un cabello en su peinado.

Al día siguiente, Palmier dejaba secretamente Deauville, escondiendo su figura tumefacta, sus ojos terriblemente maltratados, su labio caído, sus bellos dientes, de los que estaba tan orgulloso, en parte quebrados.

El yate conduciría no solamente a Walter y su mujer, sino también a los Sanzoff, que lord Shesbury deseaba tener en este período de caza que comenzaba.

Durante la ausencia de su hijastro, lady Pamela había hecho sola los honores de Falsdone-Hall.

Pero en tanto que los jóvenes castellanos se encontraban allí, otros huéspedes eran atraídos por la soberbia casa del marqués de Shesbury, célebre en todo el reino unido.

Así Orietta hizo su debut de dueña de casa en circunstancias que hubieran sido particularmente difíciles para su inexperiencia si las cosas de esa noble residencia no hubieran estado perfectamente ordenadas. En cuanto a las distracciones ofrecidas a los invitados, ella pidió a lady Pamela que la ayudara con sus consejos, y aún continuara asumiendo la dirección, lo que aceptó amablemente.

Por su parte, lady Pamela, bien que odiara más que nunca a Orietta, después de la traición de Humphrey Barford, estimaba que había que esconder cuidadosamente tales sentimientos, sobre todo ahora que esta pequeña Farnella habíase tornado en la esposa de su todopoderoso hijastro.

Ella no tardó en sospechar algo del sentimiento y experimentó una alegría secreta, al mismo tiempo que veía una perspectiva de disimuladas mentiras hacia la joven que tanto odiaba, que venía a tomar aquí el primer lugar y por su triunfante belleza arrojaba en la sombra a la mujer tocada por los cuarenta años, pero todavía insaciable de homenajes.

Diez días después de la llegada de lord

Shesbury y de Orietta, la condesa Farmente apareció en Falsdone-Hall. Rosa, la primera vez que la vió dijo a Orietta, cuando poco tiempo después se encontró a solas con ella:

—Verdaderamente, no puedo decirle cuánto me disgusta esta mujer.

—¡Oh! — exclamó solamente Orietta.

Y cerró los labios para reprimir las palabras amargas que se precipitaban.

Rosa le dirigió una mirada pensativa, un poco inquieta. Le había dicho a su llegada: "No tiene usted buena cara, querida". Y observó de nuevo esta alteración de su encantadora fisonomía, ese círculo ligero bajo los ojos que a veces tenían una expresión de languidez melancólica y que en otro momento tornábase sombría, dolorosa, como cargada de angustiosos pensamientos.

Pero generalmente aparecía Orietta alegre, animada; viéndosela tomar parte en los placeres de Falsdonee-Hall, buenos observadores, sólo, podían darse cuenta de que ella trataba ante todo de aturdirse.

Entre los hombres que la rodeaban de homenajes ninguno hubiera osado tentar hacerle la corte, pues la mala aventura del barón Palmier, a pesar del cuidado que él tomara para que no se divulgara, había sido por todos conocida, y el temor de ser castigado por lord Shesbury que se sabía era inatacable en cualquier terreno les hacía andarse con mucho tiento.

Naturalmente, el desacuerdo entre su mujer y él intrigaba mucho a los huéspedes; la aparición de la condesa Farmente, la atención que le acordaba lord Shesbury, fueron un motivo nuevo para las curiosidades mundanas, para esos chismes femeninos, para esos espíritus siempre al cuidado de los gestos de Otros. Se criticaba con malignidad la actitud de Orietta con respecto a donna Vittoria, se notaba su frialdad, su indiferencia hacia la bella romana, siempre tan amable.

Se reconocía que para una mujer tan joven, ella mostraba en su situación un tacto y una dignidad que no se podía dejar de admirar, repudiando secretamente a su ma-

rído.

Lord Shesbury parecía ocuparse muy poco de la opinión y comentario de sus huéspedes. Mostraba un humor casi cáustico y fríamente mordiente que no acobardada a donna Vittoria, pero sea que ésta tuviera un carácter acomodaticio, ella le oponía siempre la misma gracia sonriente, la misma felina adoración. Ella poseía también el arte de la adulación secreta, sutil, y la usaba junto a Walter con habilidad que hacía montar el alma de Orietta, en cólera y desprecio.

"Comprendo que ella no pueda soportar mi franqueza, pensaba. Estas damas están tan acostumbradas a la adulación, al culto de sí misma".

Para ella, Walter guardaba la misma actitud de cortesía que antes. Pero después de la última noche de Tívoli, su fisonomía parecía estar más endurecida, y cuando dirigía la palabra a Orietta, su mirada tomaba una expresión de ironía provocante, su voz entonaciones secas, imperiosas, que excitaban en la joven una sorda irritación.

Cada mañana, lord Shesbury salía a caballo con aquellos de sus huéspedes que él convidaba a acompañarle. Donna Vittoria era siempre de éstos, bien que fuera una mala amazona.

Orietta muchas veces se encontraba en el número de los paseantes. Montaba admirablemente, con una gracia y una intrepidez que producían la admiración de todos, salvo la de su marido, sin duda, porque él parecía no tener ni una mirada para ella y cabalgaba casi constantemente junto a la condesa Farmente. En seguida, a pesar de sus gustos por la equitación, ella renunció a estos paseos, bajo el pretexto de que la fatigaban. No tuvo necesidad de dar explicaciones a lord Shesbury, pues éste no pareció advertir su ausencia.

En verdad, esta fatiga era provocada por causas reales; por grandes que hubieran sido sus fuerzas, Orietta las sentía acabadas.

Lady Pamela explotaba la situación, preparaba un complot contra la joven abandonada entre todos aquéllos que la celaban,

(Continuará).

La Edad del matrimonio

Para casarse no existe edad determinada, ya que hay mujeres que no llegan jamás a la edad de la reflexión, hombres que a los veinte años son viejos y otros que a los cincuenta no dejaron de ser niños.

Pero la edad trágica es, en el hombre, la de los veinte a los veinticinco años y en la mujer la de los diecisiete a los veintitrés.

Esta es la época fatal en que el hombre demuele montañas y la mujer, puestos los codos en el alféizar de la ventana, confía a las estrellas sus cuitas de enamorada.

Es la edad en que todo parece fácil y aceptable, en que no se temen las consecuencias, en que no se calcula los inconvenientes de la pobreza, en la que no arredran ni los sacrificios ni los trabajos, ni las privaciones.

En la que los cálculos son optimistas, en la que no asusta por hogar la pieza única y por toda fortuna un solo traje.

Es la edad en que se dice:

—Qué me importa la pobreza con tal de estar a su lado.

Con tal de que seas mía trabajaré noche y día para que nada te falta.

Vistas las dificultades de lejos, uno y otro las allanan o las encuentran soportables; pero una vez engolfados en ellas él se da cuenta que no es posible trabajar noche y día, y que aunque lo fuera, no encuentra ese doble trabajo de que se creyó capaz. Ella percibe que no es divertido privarse de lo superfluo, que es imposible privarse de lo necesario y que el traje único se gasta y hay que reemplazarlo.

Cuando ya no se puede dar un paso atrás, cuando los hijos llegan y el problema se hace imposible de resolver, cuando el "amor deja de ser ciego", comienza la carga a ser demasiado pesada. Es entonces cuando el desaliento hace más difícil el esfuerzo, cuando el carácter se agría y el cariño se entibia.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

No existe edad determinada para casarse; mas es indispensable construir el hogar sobre bases sólidas.

La espera no es un mal tan terrible. Vale más postergar la felicidad a perderla irremisiblemente, y si el matrimonio se realiza sin tener por lo menos con qué afrontar lo perentorio, aunque se tenga mucha bondad, el carácter de hierro, los nervios fuertes y el alma valiente, la felicidad huirá sin remedio.

Y además no hay derecho a traer seres al mundo para negarles lo indispensable.

No hay edad fija para casarse; pero el momento de formar una familia es aquel en que los dificultades pecuniarias han sido vencidas.

Aunque el amor diga lo contrario, no hay que apresurarse a levantar un hogar.

El amor fué siempre irreflexivo y loco. Convince a los enamorados de que en la vida nada tiene importancia fuera de él y cuando la realidad enseña la dura lección de sus exigencias, él se ríe y... se va.

La premura en el casamiento suele ser el fracaso de muchos hombres que pudieron

"ser alguien", de muchas mujeres que debieron ser felices.

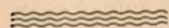
Yo no creo que sea indispensable esperar a que el hombre pueda ofrecer "lujos" al casarse, ni que ellos contribuyan a la dicha. Por el contrario, creo que en las situaciones modestas el amor es más duradero, el compañerismo mayor, y la comprensión de dos seres más completa, pero repito que no hay que obligar al hombre a llevar en sus brazos un fardo mayor a sus fuerzas, ni colocar a la mujer frente a problemas superiores a su capacidad, porque los brazos del hombre se doblarán en el esfuerzo y porque ella fracasará ante el problema.

Las angustias y las privaciones ahuyentan al amor, agrían el carácter y no es difícil que la vida se convierta en un infierno.

Aunque el amor diga lo contrario, no se puede vivir sin techo, sin abrigo y sin sustento.

Contraer matrimonio sin estas bases es buscar voluntariamente la desdicha.

Laura del Carril



El Papa

(según el Pbro. Juan Bautista Castro,
después Arzobispo de Caracas)

El Papa es el representante augusto del Hijo de Dios; sus poderes en el mundo de las almas y en el dominio de las conciencias tienen aquella magnífica extensión de que Jesucristo mismo gozó en su santa Humanidad para la organización de la Iglesia.

El Papa es Jesucristo, no por identidad personal, sino por plenitud de representación; Jesucristo en los esplendores del Tabor y en las agonías y tinieblas del Gólgota...

La palabra del Pontífice, pronunciada con calma y serenidad casi divinas, es esperada con ansia por los que aman y por los que aborrecen, para hacerla objeto de ardientes estudios y de multiplicados comen-

tarios, como sucedía con la palabra de nuestro Salvador. No; jamás ha habido sobre la tierra alguna autoridad que haya podido conservar tan íntegra su vitalidad maravillosa y cuyos efectos ostente de un modo tan visible el sello de una perpetuidad enteramente divina.

El Papa es un Rey y un Padre: se le va a visitar con regocijo y confianza y la divina aureola de su autoridad que podría hacer retroceder de temor queda templada por la dulzura de la paternidad que se ejerce con ternura y misericordia inagotables.

El hombre más poderoso y encumbrado de la tierra puede quedar confundido y aterrado en presencia del Pontífice si aquella majestad que él creyó poder despreciar desde lejos, le oprime de cerca con su divina grandeza. La Historia guarda en sus pági-

nas cuadros inmortales de la gloria del Pontificado en presencia de sus más soberbios enemigos y Napoleón mismo no pudo sustraerse a la influencia misteriosa e invencible de tal Poder, que él creyó tener por un momento entre las manos para hacerle servir a sus planes ambiciosos.

Pero si lo que es grande y elevado según el mundo se siente pequeño ante aquella soberanía, única en la tierra, la humildad, la pobreza, los dolores y desgracias humanas encuentran allí acogida y bálsamo celestial de consuelo, que inútilmente se buscarían en los palacios de los reyes. Los hijos reciben allí la bendición del Padre, escuchan sus frases de amor, sienten el influjo de aquel corazón que parece palpitar unísono en el Corazón de Jesucristo; y después de haber hecho su visita se retiran contentos y satisfechos conservando el recuerdo de aquella hora de entrevista con el Vicario del Salvador, como el más precioso de su vida.

Yo estuve en el Vaticano y visité al Papa, y guardo las impresiones sagradas de aquel día rodeadas de perfume constante de religiosa veneración.

La severa magnificencia del Palacio del Papa contrasta singularmente con la sencillez y amabilidad de Padre con que somos recibidos por él. Mientras esperábamos el momento de la audiencia, complaciamonos en recorrer y admirar aquellos vastísimos salones decorados de oro y púrpura, aquellos corredores, aquellas galerías en donde las artes han dejado a porfía el espléndido homenaje de la fe y de la gene-

ración cristiana. Los grandes artistas del mundo han querido echar sobre sí mismos parte del manto glorioso de inmortalidad que distingue a las obras del Papado y han ido a depositar en el Vaticano alguna chispa del genio que los anima, seguros de que no pueden confiarla a perpetuidad más gloriosa.

A la vista de aquellas riquezas, de aquellas excelsas manifestaciones del arte, de aquella suntuosidad que distingue a todo el interior del Vaticano, yo sentía el orgullo del hijo que ve a su padre tratado digna y decorosamente. Aquel ha sido el homenaje que la civilización cristiana, ha tributado a los que la fundaron como padres y maestros, con la propagación de la doctrina y del reino de Jesús.

La audiencia del Papa fué breve como todas las que no tienen otro motivo que la veneración y el afecto. Aquellos pocos instantes sin embargo han tenido para nuestro corazón una provechosa fecundidad: a sus frases de cariño mezclaba grandes enseñanzas y el amor de las almas parecían dominarle completamente aún en aquellas expansiones de confianza que se dignaba concedernos.

Cuando salí del Vaticano, sentí completa la felicidad de mi vida: había visitado el sepulcro de Jesucristo, había orado en la tumba de los Santos Apóstoles, me había postrado reverente ante el Vicario del Salvador del Mundo.

(De "Los Grandes Santuarios del Catolicismo").

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y **PERSISTENTE**, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

**EN EL LAVADO
DE SU ROPA**

INDUSTRIAL SOAP Co.

Agustín Castro & Cia.

Reflexiones cristianas

El orgullo es una de las principales causas de nuestras amarguras. No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios; muy de ordinario reina con mayor insolencia en las casas modestas.

Se puede decir que no hay condición, edad ni estado donde no asome el orgullo.

A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos expuestos al orgullo, o a lo menos son más capaces de conocer la bajeza de esta pasión.

Un buen entendimiento no se deja fácilmente deslumbrar por fuegos fatuos, descubriéndole su misma penetración lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, como casi no sale de sí mismo, ni sus luces alcanzan nunca más que a limitada esfera, todo cuanto descubre en los demás le parece común y todo lo que ve en sí lo juzga extraordinario. De aquí nace que se hallen tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades.

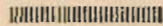
“Tristes de vosotros, dice el profeta, los que sois sabios a vuestros ojos”. Sin embargo, son muy pocos los que se libran de este vicio. Ni aun los que más gritan y

mejor escriben contra esta pasión suelen ser los que están más enemistados con ello. ¡Cosa extraña! No pocas veces se declama con orgullo contra el orgullo mismo. Extiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillación se suele tal vez esconder el orgullo. ¡Pero qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¡Cuántas pasiones dormirían profundamente si el orgullo no las despertara! ¡Cuántas familias vivirían hoy en una perfecta unión si el orgullo no hubiera soplado el fuego de la discordia!

Son pocas las pasiones que no deban al orgullo lo más vivo y lo más amargo que tienen.

El orgullo comunica a la cólera su hinchazón y su ferocidad; a la envidia, su malignidad y su desconfianza; al odio, aque-lla llama voraz que causa incendios tan funestos.

Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los trabajos. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar más que el propio orgullo.



COCINEMOS

Por Silvia Beltróns. (De Vanidades)

Ensaladas y postres de gelatina

Las gelatinas, con su aspecto de boato y complicada elaboración, bien pudieran compararse a esas damas que al ver elegantemente ataviadas, pensamos que llevan costosos trajes confeccionados por grandes modistos y que, sin embargo, no han hecho más que poner en juego su buen gusto, haciéndose ellas mismas sus vestidos en casa, con muy poco dinero.

Efectivamente, las gelatinas no sólo son facilísimas de hacer, sino que ofrecen al ama de casa la oportunidad de convertir en un plato de lujo pequeños sobrantes de

frutas, vegetales, carnes, pescados y mariscos, con la grandísima ventaja de que no hay que estar en la cocina para prepararlas. Constituyen, por tanto, la puerta de escape, para aquellas señoras que se privan de hacer platos sabrosos durante el verano, por no sufrir los rigores del calor.

La preparación de las gelatinas es tan sencilla que aun cuando se disponga únicamente de una palanganita, una lata vacía y un poco de hielo, pueden obtenerse buenos resultados. Naturalmente que nada iguala la comodidad, rapidez y eficiencia de un buen refrigerador, no sólo para estos platos,

sino para la conservación de todos los alimentos; pero ello no significa que su falta implique la privación de platos como las gelatinas.

Desde el punto de vista alimenticio, la gelatina constituye una forma de proteína muy asimilable para estómagos delicados. Es, por tanto, un alimento ideal para ancianos y enfermos convalecientes y, muy especialmente, para los niños, por contener un valioso elemento para estimular el crecimiento. Ofrece, también, la ventaja de hacer más apetecibles los vegetales y las frutas, alimentos de suma importancia por su contenido de minerales y vitaminas.

La gelatina, en su estado natural, se llama científicamente *gelatinum*, o *gelatin*. Es una sustancia transparente e insípida que se obtiene hirviendo en agua músculos, piel, cartílagos, huesos, tendones, ligamentos o membranas de animales. Mediante este procedimiento, los colágenos, sustancias albuminoideas (proteínas) presentes, se disuelven y se convierten en gelatina. La gelatina es insoluble en agua fría y soluble en agua caliente; pero en agua hirviendo se descompone, y si se hierve prolongadamente, no se solidifica al enfriarse. Cuando se somete al agua fría, aumenta de volumen (se hincha), llamándose entonces gelatina hidratada. Miosina es la sustancia albuminoidea que se obtiene de los músculos; colágeno, la de los tendones; oseína, la de los huesos, y *chondrin*, la de los cartílagos.

Existen en el mercado varias clases de gelatinas. La llamada gelatina granulada, que puede comprarse bien por libras o en paquetes conteniendo cuatro sobres de una cucharada cada uno, y las gelatinas prepa-

radas con sabores de frutas y azúcar, que no hay más que disolver en agua caliente. Existen, también, otros tipos de gelatinas de origen vegetal, que aun cuando surten un efecto similar al de las gelatinas animales, en apariencia, no tienen su valor alimenticio.

Reglas que deben observarse para la preparación de gelatinas

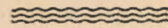
Frutas frescas pueden usarse en gelatinas, con excepción de la piña, que debido a una enzima que contiene, destruye su poder gelatinizante, evitando que se cuajen.

Cuando desee usar piña fresca con gelatinas, caliente antes la piña—tanto el jugo como la fruta—hasta que el líquido vaya a romper a hervir. Puede disolverse el azúcar en el jugo caliente y utilizarse este líquido para disolver la gelatina.

1.—Escorra bien las frutas o vegetales antes de introducirlos en la gelatina, pues cualquier líquido que quedare adherido podría evitar que se cuajase bien.

2.—Mida la cantidad de líquido con exactitud, utilizando una taza de medir ($\frac{1}{4}$ de litro de capacidad). Exceso de líquido evitaría que la gelatina cuajara bien. Falta de líquido haría una gelatina de consistencia gomosa y desagradable. Utilice la cantidad exacta de líquido que indique en la etiqueta el fabricante de la gelatina que emplee.

3.—Tenga mucho cuidado de que la gelatina quede bien disuelta. Muchas personas que hacen por primera vez gelatina se



¡PAZ!

Si las naciones en sus relaciones políticas y económicas no procuran levantarse por encima del egoísmo nacional y preocuparse más de las necesidades de las otras naciones, será preciso enfrentar la bancarrota de la civilización.

Si el espíritu de egoísmo condujese de nuevo a una guerra mundial no solamente se llegaría a la bancarrota, sino a la ruina completa de la civilización.

desaniman al ver que un plato que esperaban resultaría atractivo, no pasa de ser algo así como un almíbar espeso. Si se examinan estas gelatinas se encuentra que una buena parte ha quedado en el fondo sin disolver. Disuélvala bien en el líquido caliente, revolviendo constantemente hasta que no quede una partícula sin disolver.

4.—Si desea añadir más azúcar de la que indica la receta, eche la cantidad adicional de azúcar en la taza de medir y complete la taza con agua o jugo de fruta, según sea el caso, utilizando la mezcla en sustitución de una de las tazas de líquido que señala la receta. De no hacer esto, el exceso de líquido que produciría el azúcar al disolverse, impediría que cuajara la gelatina. Utilice siempre moldes de lata o de aluminio. Mientras más delgados, mejor. Los moldes de loza de cristal prolongan considerablemente la confección de gelatinas. En moldes planos las gelatinas cuajan más de prisa que en moldes profundos. Use moldes individuales siempre que quiera preparar gelatinas en muy poco tiempo.

5.—Enjuague los moldes con agua fría, sin secarlos después, antes de usarlos. Si tiene nevera o refrigerador, enfríelos antes de echar la gelatina. Esto hará que se cuaje más de prisa.

6.—Si tiene refrigerador, coloque el molde con la gelatina debajo de la unidad refrigerante. Si quiere cuajarla en poco tiempo, colóquelo dentro de la unidad, o ponga a cuajar la gelatina en la gaveta de helados. En esta forma cuaja en 15 o 20 minutos.

7.—Si no tiene refrigerador, coloque el molde directamente sobre el hielo, en la nevera, calzándolo alrededor con periódicos mojados, para que no se ruede. Humedezca el molde por debajo antes de colocarlo sobre el hielo, para que se adhiera rápidamente.

8.—Si no tiene nevera o refrigerador, pique el hielo en pedazos medianos, colocándolo dentro de un saco o de un paño de cocina grueso y golpeándolo luego con el ha-

cha o con un martillo. Puede también partirse el hielo sosteniendo el saco por la abertura, previamente amarrada, y dándole golpes contra el suelo. Cúbrase el fondo de una palanganita mediana con hielo picado; colóquese encima el molde humedecido; rodeése bien con hielo; cúbrase el molde con papel encerado, o en su defecto, papel grueso engrasado, teniendo cuidado de poner la parte engrasada hacia fuera; fíjese bien el papel poniendo una liga de goma alrededor del borde, o atándolo bien con un cordelito; póngase encima una tapa de lata; cúbrase bien con el hielo, hasta llenar completamente la palangana; envuélvase la palangana en un saco o en periódicos mojados. Si el molde tiene forma de anillo, téngase cuidado de colocar hielo en el hueco del centro, para que cuaje más de prisa. En esta forma las gelatinas se cuajan en media hora, aproximadamente. Si dispone de muy poco tiempo, puede añadir al hielo un poco de sal en grano. Para esto coloque primero una capa de hielo, luego un poco de sal en grano, encima otra capa de hielo y por último, otro poco de sal. La sal debe estar en una proporción de ocho partes de hielo por una de sal; es decir, ocho libras de hielo por una libra de sal, o cuatro libras de hielo por media libra de sal.

Gelatinas preparadas

Este tipo de gelatina es el más fácil de hacer, puesto que trae ya el sabor y color de la fruta que se desee y el azúcar necesario, aunque para nuestro gusto latino es siempre preferible agregarle un poco más de azúcar, lo que puede hacerse en la forma que antes se explica. Para preparar estas gelatinas, eche el contenido del paquete en una vasija; añádale una taza de agua caliente (no hirviendo); revuelva bien hasta que esté completamente transparente; añada otra taza de agua fría y revuelva bien. Vierta el líquido en el molde o moldes que vaya a usar. Póngalos a cuajar hasta que estén completamente firmes.

Puede sustituir el líquido por jugo de frutas o por el almíbar que traen las frutas de lata.

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la base más firme del buen éxito.

LA SECCION DE AHORROS DEL Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para cooperar
con usted en la realización de
ese sano propósito,

AHORRAR

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el frío del verano
en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Cobijas de Lana

DR. EDWIN FISCHEL R.

D. M. D.

Cirujano Dentista de la Universidad
de Harvard

Ofrece sus servicios profesionales en la
Nueva Clínica Dental del Dr. Max
Fischel

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

TELEFONO 3105

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHEL
Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR
Apartado 493 — Teléfono 2131

Observaciones de Mamá Isidora

Tales advertencias quisiera que no olvidara nunca la mujer casada. La primera es que sepa sonreír en el momento oportuno. El rostro con los músculos endurecidos y con cierta expresión de enojo disgusta al hombre y cierra los caminos para convencerlo de algo o inducirlo a lo que deseamos.

Una sonrisa a tiempo consigue más que el mejor de los discursos que pueda hacer una mujer.

Lo segundo es que hable siempre con voz suave y agradable; nunca con voz chillona o a gritos, pues todo esto predispone al marido a no escuchar las reflexiones o los argumentos que se le hacen.

La tercera es saber escuchar. Es un error grave en la mujer creer que con mu-

chas palabras se consigue más que con pocas, oportunas y sinceras. La mujer inteligente, bondadosa, sabe guardar silencio cuando debe, consiguiendo ganarse la voluntad y la atención del marido con el discreto empleo de la palabra.

Las mejores armas femeninas son la discreción y la dulzura. Nada conseguimos con exageraciones de lenguaje ni con gritos destemplados.

Recuerden los casados que se han unido para ser felices, no para mortificarse entre sí.

Nadie es perfecto y la intransigencia de un esposo respecto al otro conduce a la ofuscación y a la amargura.



Censura de Películas

POR EL TRIBUNAL DE CENSURA CINEMATOGRAFICA DE ACCION CATOLICA

CLASE A, Primera Sección

BUENAS

Corazón del Norte, Dos bobos en Oxford, El Orgullo del Oeste, El Zorro.

CLASE A, Segunda Sección

PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO

Africa, Amor bohemia, Andy Hardy detective, Caballero sin espada, La Casa del recuerdo, Divorcio en Montevideo., Esposa de día, El Haragán de la familia, Hermanos contra hermanos, Hijos de la farándula, Historia del Dr. Erlich, Indio Jerónimo, Insubordinación, Mercaderes del crimen, Milagros en venta, Mujer o demonio, Ninotcha. Profesor, al micrófono, El Puerto del odio, Suspiros de España, Los Tres Mosqueteros, Vida robada, Vigías del mar, Vivir bailando, Voluntarios a la fuerza, Yo acuso a mi mujer.

CLASE B.

ESCABROSAS

Amapola del camino, Deseo, La Hija del oprobio, El Huracán, El Jorobado de Nuestra Señora, La Ley que olvidaron, Papacito lindo, Tenorio a la fuerza, Venganza del ahorcado.

CLASE C.

CONDENADAS

Club de mujeres, El Muerto murió.

Esta censura es para los católicos y para la gente que se respeta y tiene dignidad de sí misma. Para ellos, la indicación sana y segura de la moral eterna. PADRES DE FAMILIA, pensad que tenéis la responsabilidad grave de cuidar por la moralidad de los espectáculos a que concurren vuestros hijos.

De Lunes a Viernes, entre 1 y 4 de la tarde, pregunte al teléfono 2353 por la película que desee y se le atenderá gustosamente.